

Jorge Ruffinelli

La cabeza del Buda

Un ascensor de hierro, chirriante. Un sexto piso de un edificio llamado Montserrat. Desde el departamento gris, con las ventanas forzosamente abiertas para ventilar el verano caluroso de Montevideo, se oyen distintos los gritos de muchachos. Juegan al fútbol, abajo, en el campito, cerca de la rambla, del río. Del río grande como mar.

Desde esa misma ventana la imagen podría ser otra: una plaza, el reloj, una estatua que con el tiempo va modificando sus facciones. Y hasta imaginarse que más allá está el río. Y la colonia de inmigrantes. Y el astillero en ruinas.

Ni aquella, verdadera, ni ésta, posible, son ciudades totalmente imaginarias. Hablo de Montevideo, aunque en estos últimos y largos años sus esquinas, sus bares, sus parques y plazas se mueven como en un sueño, y se transformen. Pronto quizás la inventaremos. Así es de extraña la imaginación del transterrado.

Aquí, ante esta puerta anónima, que demora en abrirse, y que puede dejar espacio a la cara de Larsen, o de la Queca, a un Díaz Grey escéptico o a un Jorge Malabia envejecido, me pregunto cuál es el sentido de la peregrinación cotidiana. Porque el lugar es un santuario.

No huele a incienso ni a perfumes exóticos; tal vez un poco a cigarrillos, a vino, a uva machacada. En una ciudad similar, muchos años antes, en una pieza gris y pobre, un hombre camina ansioso como un león en su jaula, mientras se huele alternativamente cada axila y la angustia de no tener ni un cigarrillo lo empuja a la furia, y la furia a la escritura, y escritura a treinta y dos páginas que constituirán el primer relato y el comienzo de un mundo, un mundo que siguió rodando —mundo loco—, un mundo que no acaba y nunca acabará.

Los peregrinos ahora, en este ahora del pasado, son adolescentes, cachorros, casi niños. Bice, Alvaro, Mónica, Hugo y tantos otros sin nombre. Llegan solos, casi nunca acompañados. Vienen a buscar la palabra. O el silencio que igual dice. Y junto a la cama, en la mesa que lo contiene todo —lápices, libros, ceniceros, cartas abiertas o a medio abrir, foto-

grafías—, está la cabeza del Buda. Silenciosa, majestuosa, enigmática. Preside las extrañas sesiones en que un muchacho o una muchacha llegan para contar desdichas y esperar la palabra.

La cabeza del Buda ha sufrido los años y los golpes. Está rota pero se resiste a morir y desaparecer. Nadie podría imaginar que años más tarde, muchos años más tarde, unas manos piadosas la harían recorrer miles de kilómetros para llegar nuevamente a su destino. Hoy, y nos adelantamos al final de esta historia, está en otro departamento, con más sol, con más aire, con más luz que el del edificio Montserrat.

Ni Larsen, ni Díaz Grey, ni Petrus tienen la defectuosa virtud de expresarse por completo. Quedan siempre el enigma, la frase mediada, los sobreentendidos, la mirada escéptica que expresa lo que los labios callan. Y ésa es la mejor manera de decir las cosas, de hablar de un "mundo loco" que gira desorbitado y, aparentemente, sin otro designio que el de hacer desdichados a sus temporarios habitantes. O gira sin propósito, con una libertad que decimos vida pero que engendra muerte.

Junto a la cabeza del Buda, la mano de dos largos y huesudos desciende desde la boca, con el cigarrillo, y quiebra la ceniza en el borde del vaso. Ya no hay aquella angustia original que se desató en un grito mudo de escritura. Pero desde entonces la angustia ha sido crónica, la angustia se ha metido en las palabras y las palabras se convirtieron en literatura. Y la literatura atrae a estos muchachos. Y estos muchachos sienten angustias similares. Y llegan, y hablan. Y el Viejo, desde la cama, mientras vuelve a subir el cigarrillo hasta la boca y después de arrojar el humo mezcla ese resto de sabor con el sabor más agrio, más violento, del vino, piensa. Y dice la palabra. La palabra exacta.

Ante esta puerta gris y anónima, creo comprender a los peregrinos. Aunque hoy haya pasado el tiempo y sean hombres y mujeres y la cotidianidad los traspasara. Hugo dejó de escribir: estará en alguna parte, cantando y vagando como un Krishna; Bice ha puesto una librería en Barcelona; Alvaro lucha por seguir escribiendo su novela mientras tiene que gastarse en trabajos imbéciles. Mónica se ha casado y tiene tres hijos. El espíritu de los muchachos, tal vez, ha desaparecido.

Y el tiempo es impiadoso. Estoy ante una puerta que muy pronto, pocos meses más tarde, las culatas harán estallar, romperán los cerrojos, astillarán la madera. Será una madrugada fría del otoño, y la ventana cerrada no dejará entrar una sola voz de niño. Los ruidos son otros: de botas, de órdenes, de insultos, de metralletas preparándose. Esa mañana él no estará. Sólo el Buda, silencioso, en la mesa, como el custodio impotente de un país que se deshace.

Años después, con la memoria de aquel Buda y bajo un sol jalapeño que poco sabe de las angustias sombrías de la ciudad junto al río, entiendo a los jóvenes peregrinos que llegaban solos, rara vez acompañados. Y es que entre aquel Viejo y aquellos jóvenes no había edad que los separara.

Porque la piel envejece mientras se mantiene el alma en una crónica adolescencia. Porque es, mal que le pese a Bob, un hombre extraordinario.

En *Juntacadáveres* Jorge Malabia lo definió, se definió, perfectamente: "Se me ocurre con desconsuelo —dice— que la adolescencia no es una etapa de la vida sino una enfermedad mía, un vicio de conformación, una lacra incurable".

Jalapa, junio, 1980.